

TRES PIEZAS DE METALISTERIA PRERROMANA EN LA COLECCION FONTANEDA (CASTILLO DE AMPUDIA, PALENCIA)

CARLOS SANZ MINGUEZ, ZOA ESCUDERO NAVARRO
y CRISTINA FONTANEDA BERTHET

Dentro del amplio campo de la actuación que Eugenio Fontaneda Pérez cubrió en su labor de recuperación y protección del patrimonio histórico y artístico, una parcela importante es la que corresponde al terreno de la arqueología. Así, desde muy temprano, este interés arqueológico le lleva a participar activamente en las distintas iniciativas que en este área se desarrollan en la provincia de Palencia y más concretamente en el norte de la misma. Se puede citar en este sentido la labor desarrollada como apoderado del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional en Aguilar de Campoo, Palencia (1958), delegado local de Bellas Artes o como miembro del Comité de Actuación del IX Congreso Nacional de Arqueología de la Universidad de Valladolid en octubre de 1965, entre otras.

Sin embargo, la gran aportación a la conservación del patrimonio arqueológico de Eugenio Fontaneda se debe a su actividad como coleccionista de antigüedades. De este modo y desde edad muy temprana, comienza a adquirir por los pueblos de Palencia y zonas limítrofes, aquellos objetos que, fruto de hallazgos casuales, conservan los lugareños. Empieza a componer así el embrión de una colección arqueológica que irá progresivamente enriqueciendo con piezas que, destinadas a la chatarra incluso, fueron a parar a sus manos a lo largo del tiempo.

Esta actividad *recolectora* se va a completar con otra no menos importante consistente en evitar la disgregación de colecciones arqueológicas más antiguas y que tras la desaparición física de sus promotores, aparecieron en el mercado anticuario con grave peligro para su conservación e integridad. A esta llamada de socorro acude la vocación de mecenazgo de Eugenio Fontaneda que recupera así para Castilla y León las colecciones completas de pioneros de la arqueología como Jose Luis Monteverde, de Burgos y D. Francisco Simón y Nieto, de Palencia, y parte importante de otras como la del Marqués de Comillas, de Santander.

Se conforma así un repertorio importantísimo que E. Fontaneda, consciente de la responsabilidad adquirida, pone incondicionalmente al servicio de la comunidad

científica, dando lugar a una larga serie de publicaciones por parte de los principales investigadores en la materia. Parte fundamental de esta actividad es la que corresponde al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid. Las piezas que ahora damos a conocer son muestra de ello y garantía de futuras colaboraciones que seguirán el camino trazado por E. Fontaneda en el terreno de la arqueología.

De los tres ejemplares de metalistería que presentamos, dos, el puñal de tipo Monte Bernorio y la fíbula de doble resorte de puente en cruz, poseen un origen preciso que no es otro que la necrópolis de Miraveche, lo cual no deja de ser sorprendente habida cuenta que al menos la fíbula podría contarse entre los materiales que supuestamente debieron ingresar en el año 1941 en el Museo Arqueológico de Burgos (Martínez Burgos, 1941: lám. XIX: 2 centro izquierda), situación que ya observamos para algunas placas de cinturón de tipo Bureba (Sanz Mínguez, 1991: 105), teóricamente en el museo provincial y sin embargo radicadas actualmente en el castillo de Ampudia. La tercera pieza, un tahalí relacionado con el arma mencionada, a su carácter incompleto añade la falta de cualquier referencia sobre su procedencia, lo que, en alguna medida, se suple por su singularidad como luego veremos.

En realidad salvo este último ejemplar, las piezas miravechianas no pueden considerarse estrictamente inéditas. Al puñal bernoriano nos hemos referido ya de manera breve en un trabajo de conjunto sobre la secuencia de este arma (*Idem*, 1990: 173), si bien ahora damos a conocer sus características técnicas y ornamentales acompañadas de ilustración. La fíbula de doble resorte es inequívocamente la misma que publicara Martínez Burgos en el trabajo anteriormente citado, si bien difiere por encontrarse en la actualidad con la aguja dentro de la mortaja; probablemente corresponda también al ejemplar núm. 1 recogido en nuestro trabajo sobre este tipo de imperdibles (Campano y Sanz, 1989: 62, fig. 1: 1), para cuya representación gráfica nos servimos en su día de la documentación proporcionada por Almagro Basch (1966: fig. 11: 9), la cual constituye apenas un boceto de las características de la pieza, ya que de tratarse del mismo ejemplar, según creemos ahora, vemos que la aguja aparece fuera de la mortaja, en una posición desplazada hacia abajo, y sobre todo el remate caudal y la decoración acusan una notable sencillez.

Comenzando por el puñal bernoriano (fig. 1), diremos que han llegado hasta nosotros la vaina y la hoja en su interior, ambas de hierro; no se ha conservado, por el contrario, como por otro lado es habitual, ni las piezas férreas naviformes que conforman la guarda y el pomo, ni la empuñadura de materia orgánica. Siguiendo la tipología establecida por uno de nosotros, el ejemplar quedaría adscrito a la *fase formativa* o más antigua de la daga (Sanz Mínguez, 1990), estando caracterizada sobre todo por el desarrollo de una alargada lengüeta trapezoidal sobre la embocadura de la vaina, acorde con piezas naviformes independientes entre sí, y presentando en el tramo proximal de aquella dos pares de remaches: los superiores, cónicos y de menor tamaño, con la función de unir las dos chapas arqueadas de que se compone

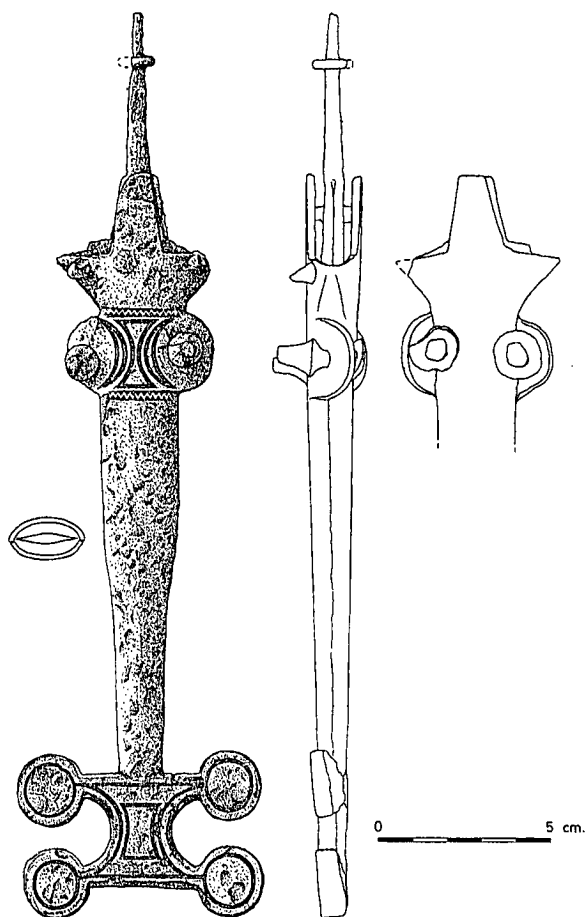


Fig. 1.

la funda; los inferiores, ligeramente hocicados y sobre sendas orejetas que sobresalen del perfil, para fijar el arma al correa. Al igual que en otros ejemplares de esta fase, la lengüeta posee dos pequeños remaches al interior, perceptibles en la vista lateral que se presenta, cuya función no sería otra que la de evitar la oscilación de la hoja en su funda. Igualmente característico resulta el estrangulamiento que el fuste de ésta observa en su tercio inferior o su contera cuadrangular de lados escotados, con cuatro pequeños discos a modo de remates en sus esquinas. Las dimensiones de la pieza, 213 mm. de longitud, encajan en los valores asignados para este grupo inicial. Finalmente debe destacarse el empleo de una decoración damasquinada de gran simplicidad, únicamente en cobre o bronce, ceñida tan sólo a los tramos proximal y distal de la vaina. En concreto, entre ambas orejetas se distribuye un motivo de reloj de arena enmarcado en los laterales por sendos crecientes lunares, y en los límites

superior e inferior por banda de triángulos enfrentados que dejan un fino listel zigzagante liso intermedio; en la contera nos encontramos de nuevo, en perfecta adaptación al marco, con el tema de reloj de arena, esta vez doble, conectando el más externo y mayor de ellos con las circunferencias desarrolladas en cada uno de los glóbulos. Por lo que respecta a la hoja cabe suponer para la misma una sección romboidal muy aplanada, así como una punta en lengua de carpa; el espigo, en la zona próxima al extremo, presenta un disquito solidario, cuya posición y morfología encajan a la perfección para esta variante tal y como puede verse, por ejemplo, en algunos puñales padillenses (*Idem*, 1986: fig. 1: 4).

El ejemplar descrito creemos constituye un buen exponente de la introducción de ciertas novedades en la producción de esta característica arma, centradas no en los aspectos morfológicos propiamente dichos, coincidentes en lo básico con los señalados para sus momentos iniciales, sino en los decorativos. Es, en efecto, la incorporación de la técnica damasquinada la que contrasta con la de simple línea incisa presente en la mayoría de los ejemplares decorados de esta *fase formativa*. Pero curiosamente, y ello sirve para delinear una trayectoria sutil, muy matizable, interesa sobremanera observar que la novedad de dicha técnica de incrustación se aplica todavía a un estilo decorativo «antiguo», que en nada desentona del realizado con fino buril, lejos aún de la temática de lacerías más o menos complejas que harán furor en la *fase de desarrollo-2* y en la de *expansión*.

Con todo es importante señalar que el puñal analizado es hasta ahora absolutamente excepcional, ya que es el único conocido dentro del estadio formativo con contera tetralobulada. Apoyándonos precisamente en la incorporación de estos motivos damasquinados y considerando que los ejemplares con conteras de cuatro discos carecen hasta el presente de la fina decoración incisa que ofrecen los modelos más próximos de contera rectangular con calados semicirculares o cuadrangulares de laterales escotados, o incluso los de contera circular, cabría proponer que la peculiar morfología de contera tetralobulada arrancara, pues, de un momento algo posterior, tal vez del final de la primera mitad del siglo IV a.C. y muy probablemente habría que concluir también que la gestación de esta variedad de funda se originara en el territorio septentrional, habida cuenta la implantación que dicho tipo de contera muestra en las piezas más evolucionadas de la *fase de desarrollo 1* y 2 en dicha zona.

La segunda pieza que comentaremos corresponde a un tahalí incompleto también de la tipología bernoriana, de su *fase de expansión* o más avanzada. La excepcionalidad del ejemplar viene dada por estar fundida en bronce, así como por haberse aplicado sobre buena parte de su superficie delgadas láminas de oro (fig. 2).

Estructuralmente resulta interesante observar cómo el tahalí se construyó a base de diferentes placas unidas por remaches. El tramo distal conservado presenta a tal fin el extremo contrario al garfio adelgazado y con dos pequeñas perforaciones circulares laterales, lo que permitiría superponer el siguiente tramo y trabar ambos con una pareja de pequeños remaches.

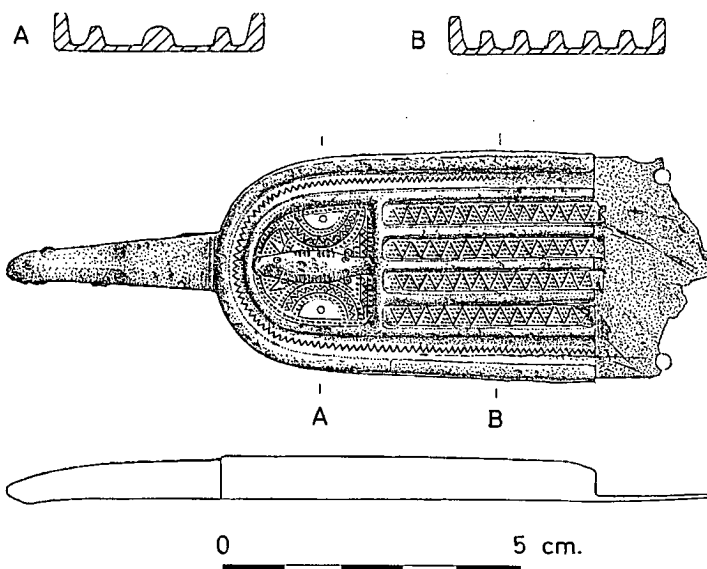


Fig. 2.

La decoración se organiza en una serie de espacios creados en molde mediante la inclusión de largos listeles que dividen longitudinalmente la pieza. Un listel externo recorrería todo el perímetro de la misma, otro de menor prominencia presenta un desarrollo paralelo interno, entre ambos discurre una fina línea incisa zig-zagueante; hacia el centro de la pieza otros tres listeles de igual altura que el previo servirían de marco para el desarrollo de cuatro bandas decorativas a base de triángulos estampados enfrentados rellenos con seis perlititas; el extremo distal, al interior del segundo listel, ofrece un campo semicircular peraltado dividido en dos mitades por lo que en principio podría parecer un listel más, pero que en realidad creemos poder interpretar como esquemáticos prótomos zoomorfos. En efecto, una mirada atenta permite distinguir sin ningún género de duda dos cabecitas unidas por la base con indicación expresa de los morros; el resto de los caracteres anatómicos se indican mediante técnicas incisa y estampada: parejas de círculos con punto central estampados remedan los ojitos, en la base de las cabezas cuatro grupos constituidos por cuatro trazos incisos cortos y paralelos presentan mayores problemas de interpretación pudiendo haber querido significar, tal vez, orejas, arneses o pezuñas (?). Finalmente, los campos situados a ambos lados de los referidos prótomos presentan una barroca decoración que en líneas generales posee cierto aspecto oculado, contribuyendo incluso los citados prótomos a proporcionar la impresión de una alargada nariz; en efecto, a partir de dos diminutos circulitos se crean sucesivas aureolas concéntricas de semicírculos a base de hilera de perlititas, y zig-zag; el resto del campo presenta un abigarrado relleno: una hilera de perlititas enmarca todo el perímetro, reproduciéndose en la parte recta superior idéntica alternancia de bandas que

en el motivo oculado; por debajo y prácticamente a la misma altura de los ojitos de una de las cabezas, dos pequeñas circunferencias inscritas; en el extremo curvado contrario se disponen triángulos rellenos de granete entre líneas de perlas. Finalmente, el gancho, de sección cuadrangular y fragmentado en la actualidad, muestra hacia la mitad de su desarrollo dos entalladuras que proporcionan, una vez más, cierta idea ambigua o imprecisa de rostro humano.

En último término diremos que las láminas de oro cubren los cuatro espacios centrales entre listeles con decoración de triángulos enfrentados, así como ambos campos a cada lado de los prótomos de cerditos. La decoración repujada que ofrecen no es más que el resultado de la intensa presión ejercida sobre las laminillas áureas para que reproduzcan la decoración de base obtenida sobre el bronce mediante la aplicación de los diversos troqueles.

El análisis cualitativo de la pieza, realizado por el Dr. Rovira mediante el sistema de fluorescencia de rayos X (dispersión de energías), Espectrómetro KeveX, mod. 7000, ha proporcionado los siguientes datos para la placa y láminas de recubrimiento, respectivamente:

	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Au	Pb
PA5342A	0,694	ND	77,04	ND	ND	0,123	20,76	0,701		0,617
PA5342B			5,08			18,83			76,08	

Desde un punto de vista tipológico ya hemos señalado al principio cómo esta pieza ha de incluirse dentro de la fase más evolucionada del puñal Monte Bernorio, o *fase de expansión* (*Idem*, 1990): la gran anchura de la placa en relación con su presumible notable longitud o la aplicación de láminas de metales nobles, así parecen sugerirlo, por lo que habría que asignarla un marco cronológico entre los siglos III y II a.C. y muy probablemente hacia un momento avanzado del mismo. Ello en gran medida creemos que puede ser factible por el tipo de decoración «estructural» a base de prominentes listeles que hemos visto en piezas similares realizadas en hierro en la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos) o en el castro de Campa Torres, Gijón (Asturias), en ambos casos inéditos, desconocidas hasta el presente fuera de estas latitudes septentrionales, aspecto que obviamente orienta de manera aproximativa sobre la posible proveniencia del tahalí. De igual forma, el empleo del bronce constituye toda una *anomalía* dentro de este tipo de producciones tradicionalmente realizadas en hierro, y en este sentido podría representar la culminación de un proceso de placado, no sólo en láminas de metales nobles, sino también en bronce, observado tan sólo en piezas de la *fase de expansión*, el cual ha sido señalado para algunos ejemplares de La Osera o de Almazán (Griño, 1989: cat. 35, 44, 49, 54 o 122), o de La Hoya (Filloy, 1990: fig. 2: 2), que también halla representación en el puñal de la tumba 30 de Las Ruedas (Sanz Mínguez, e.p.a). Finalmente, por lo que a los aspectos morfológicos o estructurales respecta, y a falta de conocer el puñal y vaina con que haría juego, parece que la funda, por completo broncea y decorada con trián-

gulos rellenos de perlas, recientemente dada a conocer en una colección particular, aunque sin procedencia precisa, constituye el mejor candidato de complementariedad (Alvarez, Cebolla y Blanco, 1990: 290, fig. 8: 1), sancionado incluso por una común distribución de la decoración estampada en largas bandas separadas por filetes lisos, lo cual no quiere decir que la correspondencia fuera tan estrecha como para pensar que se tratara del mismo equipo, ya que, si nos fiamos de la representación gráfica de la citada vaina, los triángulos cuentan con un relleno de diez perlititas, mientras que en el tahalí son tan sólo seis.

Si prestamos atención ahora a la decoración de esta singular pieza es necesario partir de la deliberada falta de definición o marcada ambigüedad que presentan los diversos elementos que en ella concurren, situación habitual dentro de la plástica de época celtibérica en la que se emplean los caracteres anatómicos imprescindibles para la representación figurativa, mostrando un escaso apego al naturalismo. En este sentido creemos necesario resaltar una primera vinculación del motivo de prótomos del extremo distal con los diseños animalísticos presentados en «perspectiva cenital», típicos de la imaginería arévaco-vacceca, realizados sobre muy diversos soportes y con variadas técnicas, propios al parecer de las últimas centurias antes de la Era (Romero y Sanz, 1990), por más que en ellos no sean precisamente frecuentes las representaciones bifrontes. El repertorio figurativo de tales motivos incluye diversas especies (cánidos, batracios, cuadrúpedos indeterminados...), siendo algún tipo de estos últimos con los que deberíamos poner en relación los que ornaban el tahalí. Sin embargo, como indicamos, resulta muy habitual la imposibilidad de concretar específicamente los animales representados de este modo, tanto por la ausencia de rasgos inequívocos como por la constatación de que nos hallamos a menudo ante seres irreales en composiciones fabulosas.

El afán por las figuraciones antinaturales, simbólicas y esquemáticas en las que deliberadamente se prescinde del realismo y en las que se concede un énfasis particular sólo a ciertos elementos alegóricos, constituye parte de un lenguaje característico del arte céltico lateniente (Green, 1992: 214-215), que parece reflejarse también con bastante exactitud en la iconografía prerromana del interior peninsular, respondiendo quizá, como plantea Esparza (1991-1992: 548-550), a un mismo modo de expresión de unas élites que comparten un cierto universo cultural en sentido amplio, tanto dentro como fuera de la Península Ibérica. Este modelo relativamente semejante de convención plástica respondería en definitiva a una común trama ideológica y/o religiosa presidida por las ideas de plurivalencia de las cosas, y la fuerza del símbolo y el concepto sobre la forma de la imagen, dando como resultado una expresión poco legible, ambigua y casi oculta, trasunto de conceptos muy elaborados y difícilmente comprensibles o traducibles en términos racionalistas (Green, 1992: 214-215 y 222-223; Sopeña, 1987: 47).

Aunque este carácter abstracto se halla presente en la práctica totalidad de la plástica meseteña de finales de la Edad del Hierro, lo que dificulta constantemente la definición del sentido ulterior de la mayoría de los ejemplos, no debemos deducir siempre de modo directo el sentido religioso de aquellos, dotando de un único

significado «espiritual» a elementos que pudieron proceder de muy diversos campos mentales o iconográficos. Recientemente se ha insistido en una interpretación vinculada a la trascendencia económica y social de las especies representadas para las figurillas zoomorfas de coroplástica, o incluso su relación con el mundo infantil (Galán, 1989-1990: 175 y 199), o para la imaginería de los suidos sobre diversos soportes, en relación tanto con la importancia material del cerdo en la economía de la época como con el sentido iniciático o festivo de la caza del jabalí (Cerdeño y Cabanes, 1994: 115-117; Sanz Mínguez, e.p.a), o el carácter prestigioso y de distinción social que podrían conferir a sus portadores ciertas fíbulas de caballito de bronce (Esparza, 1991-1992: 548-549). En nuestro caso, la falta de naturalismo de la representación nos aleja quizá un tanto de las interpretaciones de signo más doméstico o cotidiano, debiéndose tener en cuenta el hecho de que nos hallamos ante un elemento armamentístico de valor singular, especialmente suntuoso. En cualquier caso, también para la imaginería zoomorfa propiamente céltica sobre piezas metálicas, cuyos diseños suelen ser significativamente abstractos, se ha apuntado la posibilidad de que respondan a un gusto decorativo concreto, sólo o en relación con otros conceptos ideológicos desconocidos (Green, 1992: 132).

Ahondando un poco más en la identificación específica de nuestro motivo, la iconografía de sendos prótomos se nos antoja en verdad próxima de algunas representaciones definidas de forma genérica como verracos. Vendría a apoyar tal hecho el interés por la plasmación de un hocico desarrollado, rasgo que se convierte en el elemento más expresivo y definitorio de la iconografía del suido, hasta el punto de que en ciertos tipos de representación —como pudieran ser las fíbulas zoomorfas, entre las más evidentes— el naturalismo va cediendo paso a una figuración esquemática y geometrizada en la que únicamente el prolongado morro permite una aproximación a la identidad del animal representado, y ello con una patente exageración que en su día dió lugar a la confusión con elefantes (Cerdeño y Cabanes, 1994: 105-107).

Es la de los verracos una de las representaciones animalísticas preferidas en cualquier tipo de materiales y técnicas, de manera particular en las áreas vaccea y vetona, si bien en la primera son predominantes los ejemplos en forma de fíbula (*Ibidem*, 108; Galán, 1989-1990: 197-198). Es frecuente, además, en toda la Meseta la iconografía del suido, tanto doméstico como salvaje cuando puede llegar a diferenciarse, como parte de otras piezas metálicas mayores, en forma de prótomos que rematan los extremos de ciertas armas miravechianas (Schüle, 1969: láms. 146: 2, 147: 16 y 151: 1 y 2), grabados de cuerpo entero en broches de cinturón (*Ibidem*: lám. 147: 15) o pomo de puñal (Romero y Sanz, 1989: fig. 2: 19) y, en bulto redondo, los recientemente definidos y poco evidentes ejemplares presentes en fíbulas de caballito (Esparza, 1991-1992), por poner varios ejemplos sobre piezas metálicas, si bien no faltan los modelos de coroplástica (Galán, 1989-1990: 181-183), sobre hueso (Pérez Rodríguez, 1990: 292, fig. 4: 1) o, en piedra, la célebre estatuaria del ámbito vetón.

Sin embargo, el mejor modelo con el que relacionar nuestra representación sigue procediendo del terreno de las fíbulas, concretamente de los modelos zoo-

morfos dobles o janiformes, a menudo considerados «degenerados», cuyo puente está constituido por dos prótomos delanteros opuestos que suelen identificarse con jabalíes, toros o aves. Buenos exponentes de las mismas se encuentran en diversos puntos de la Meseta, siendo de destacar por su proximidad iconográfica, los ejemplares salmantinos de El Berrueco (Fabián, 1985: 16; 1986-1987: fig. 4: 11), el zamorano de Fariza (Morán, 1938: 127, fig. 4: 6), Paredes de Nava en Palencia (Moure y Ortega, 1981: 135-136, fig. 1: 8-10) o Numancia (Schüle, 1969: lám. 170: 13). No faltan tampoco otros ejemplares de tendencia contraria, es decir, constituidos por dos grupas, como certeramente ha acertado a ver Blanco Freijeiro (1988: 72-74). Recordaremos, asimismo, que este esquema de representación zoomorfa doble no se restringe a los imperdibles broncíneos ni a las especies citadas, como lo manifiestan, por ejemplo, hallazgos de insignias para engastar con doble cuerpo de caballo en el hábitat numantino (Mélida *et alii*, 1924: 30, lám. VIII) y más recientemente en su misma necrópolis.

Otro elemento más nos permite relacionar el motivo de nuestra pieza con la iconografía habitual de los modelos animalísticos que venimos tratando, como es el de la presencia de series de estrías sobre los costados de los presumibles verracitos. La representación de incisiones más o menos numerosas, ordenadas o paralelas sobre el lomo de los animales es también una convención muy habitual en toda la plástica figurada, de manera particular en verracos y toros, pudiendo identificarse como reproducciones de los pliegues de la piel o marcas de las costillas (Blanco Freijeiro, 1988: 75; López Monteagudo, 1983: 725), aunque para el caso concreto de los verracos se interpreta como una esquematización del pelaje, más específicamente de las crines, elemento que, junto al hocico, se convierte en un atributo anatómico individualizador del jabalí y que subraya su fuerza y fiereza (Green, 1992: 140). En este mismo sentido, y para otras representaciones de la Europa céltica, dichas rayaduras se han leído como muestra del color negro del pelaje o, incluso, como un signo indicador de la cubierta coloreada de los jabatos (Perichón, 1987: 681). No podemos olvidar tampoco, aunque no sea este nuestro caso, aquellas otras figuraciones en las que el cuerpo se cubre con trazos más abigarrados o cruzados entre sí y que han dado lugar a la identificación de arneses. Por la simpleza de nuestro motivo, deberemos ponerlo nuevamente en estrecha conexión con las estrías que portan muchas de las fíbulas zoomorfas ya mencionadas, tanto las de doble prótomo como las simples o de verraco. Como en ellas, nos hallamos ante una convención figurativa de oscura interpretación, que plasma de un modo muy poco explícito la referencia a ciertos caracteres anatómicos.

Por último, y en lo que se refiere a la iconografía propia del jabalí, no debemos olvidar que su imagen se asocia de forma habitual a la guerra, al combate y a la caza como actividades socialmente prestigiosas más que económicas (Green, 1992: 139; Cerdeño y Cabanes, 1994: 104; Galán, 1989-1990: 197-198), lo que puede explicar su frecuente representación sobre armas, en las que, al igual que podría ocurrir con nuestra pieza, su imagen estaría haciendo referencia bien al valor, poder o destreza del poseedor de la misma o simplemente ornándola con motivos alusivos a las funciones propias del objeto. Buena expresión de cuanto comentamos son las figura-

ciones grabadas sobre el reverso y canto del pomo del puñal bernoriano de la tumba 32 de Las Ruedas, las cuales parecen aludir a tres esferas distintas: agonística –guerreros en combate singular–, sagrada –monstruos cuadrúpedos con cuello y cabeza de serpiente y colmillos de jabalí, en perspectiva cenital– y profana –animales en procesión–, siendo en esta última donde junto a la representación de dos cabras, un cánido y una gallinácea, destaca la presencia de una veintena de suidos. El diseño de éstos resulta muy sumario, si bien determinados rasgos anatómicos –colmillos y testículos– aluden con claridad a la fuerza genésica de la especie. Este simbolismo encaja adecuadamente con la relevancia social que cabe suponer para el individuo enterrado en dicha sepultura, con claros elementos de estatus –armas damasquinadas, urna cineraria decorada a peine, etc.–, que nos permiten concluir un carácter escatológico para el conjunto de las imágenes grabadas, así como su orientación heroificadora en vida para el poseedor (Sanz Mínguez, e.p.a).

Hemos señalado, por otro lado, cómo la observación frontal y vertical del tahalí proporciona una vaga impresión de encontrarnos ante una representación facial, en la que los motivos semicirculares con pequeños círculos inscritos parecen cumplir la función de ojos, mientras que el relieve alargado de los prótomos haría el papel de nariz. Y aún, si queremos insistir en esta misma lectura de signos, podemos mencionar otro elemento más sobre el tahalí, aquel que se desarrolla en el extremo proximal del enganche y que a través de dos leves entalladuras en ángulo nos vuelve a sugerir, esta vez más tímidamente, la presencia de un rostro inacabado.

La posibilidad de reconocer rasgos faciales antropomorfos en las decoraciones de algunas armas meseteñas ya ha sido planteada con anterioridad en referencia a piezas de Miraveche (Lerner de Wilde, 1991: 94, láms. 65: 14 y 83: 206b), si bien el carácter nuevamente poco definido de tales diseños impide una mayor certeza. No entraremos aquí en la trascendencia o en el significado de las representaciones de rostros o cabezas humanas en el arte meseteño de la Edad del Hierro (Almagro y Lorrio, 1989), pero sí nos parece útil recordar que es un motivo que se asocia a menudo con elementos zoomorfos, aunque, al menos en lo que respecta a las obras de metalistería broncea, suelen ser estos últimos los que constituyen el cuerpo principal de la pieza, apareciendo como complemento añadido al diseño del animal, la cabecita humana; baste para ejemplificar este aspecto la referencia a las conocidas fíbulas de caballo con o sin jinete portadoras de este elemento (*Ibidem*: 435-436). En este mismo sentido volveremos a mencionar las ya citadas –a propósito del motivo de doble prótomo de nuestro jabalí– fíbulas zoomorfas dobles, concretamente aquellas que disponen sobre el puente de una chapa circular que pudiera haber servido para engarzar una aplique de otro material, quizás precisamente una representación frontal de un rostro humano, como se ha propuesto para el ejemplar de El Berrueco (Delibes *et alii*, 1993: 433), ratificando así esa asociación humana y zoomorfa. Aunque en la pieza presentada el diseño sería más bien el contrario, un ambiguo elemento animalístico semioculto en un no menos difuso rostro humano, cabe establecer una cierta relación, siquiera conceptual, entre ambos motivos.

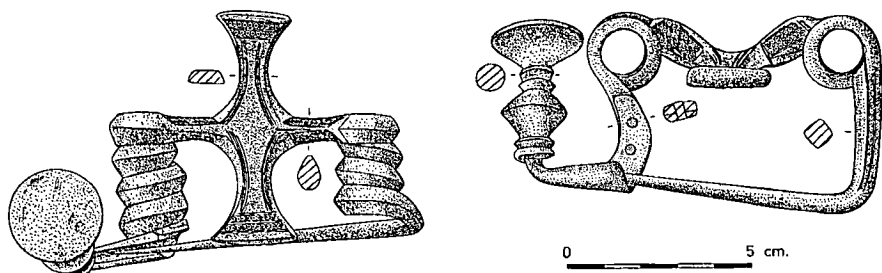


Fig. 3.

En último término, y muy sucintamente, nos referiremos a la fíbula de doble resorte de la variedad más evolucionada o de puente en cruz (fig. 3). Pese a ciertas diferencias de matiz creemos, como ya hemos indicado líneas atrás, se trata del ejemplar recogido por Almagro Basch (1966), versión gráfica verdaderamente simplificada del que años atrás diera a conocer fotográficamente Martínez Burgos. El manejo de aquel dibujo en nuestro trabajo de síntesis sobre estas producciones (Campano y Sanz, 1989: fig. 1: 1) nos impidió precisar ciertos aspectos decorativos y estructurales de la pieza, que ahora pretendemos subsanar.

El ejemplar miravechiano muestra un estado de conservación verdaderamente espléndido, con una bella pátina verdosa uniformemente repartida en su superficie, sin que se observen en la actualidad sino algún pequeño punto de corrosión. Como elementos novedosos, con respecto al trabajo citado en último término, hemos de señalar que el remate caudal en diábolo presenta un mayor número de molduras que le asemejan en todo a los ejemplares núms. 23 y 24 de procedencia desconocida (*Ibidem*: fig. 2). La presencia de decoración, al margen de las líneas concéntricas en el eje vertical de la pieza, ceñidas a los extremos de los brazos verticales y horizontales a base de dobles y triples bandas de circunferencias con punto inscrito, respectivamente, no desentonan para nada de la vinculación propuesta para el ejemplar al grupo IIIA, caracterizado por la acusada concavidad de sus brazos y la tendencia a restringir el marco decorativo a tan sólo los brazos verticales (*Ibidem*: 67 y 69).

Un detalle singular es que la fíbula sufrió una fractura de época al nivel del pie, en el tramo entre la última espira y la mortaja, realizándose su restauración mediante dos remaches que fijaron ambos extremos superpuestos y adelgazados. Este procedimiento supuso la pérdida de algunos milímetros de longitud, lo que obliga a la aguja a presentar una posición en la mortaja más forzada. El fragmento de pie núm. 22 (*Ibidem*: fig. 2) de la necrópolis de Las Ruedas muestra idéntico problema y resolución técnica.

En el ejemplar miravechiano, la presencia de ornato en el primer tramo de la aguja es un hecho poco habitual que, no obstante, encuentra paralelos en otra pieza de la necrópolis padillense (*Ibidem*: 68, fig. 3: 14).

Uno de los mayores problemas que presentaban estas fíbulas en el momento que abordamos su análisis era el de su hallazgo descontextualizado o su procedencia de excavaciones antiguas con graves defectos de registro. Así en su día tuvimos que conformarnos con aludir a los contextos generales de yacimientos como Padilla, Palenzuela, Monte Bernorio, Miraveche, etc., constatando su ausencia en necrópolis de datación reciente y asumiendo los presupuestos cronológicos defendidos por Cabré y Morán (1977) que llevaban el modelo hasta mediados del siglo III a.C.

En la actualidad contamos, sin embargo, con dos piezas procedentes de las necrópolis de Carratiermes y San Martín de Utero que pensamos resultan reveladoras. Ambas corresponden a nuestro grupo II y como elemento más característico asociado poseen un puñal de tipo Monte Bernorio asimilable a su *fase formativa*.

En efecto, en la tumba 48 de San Martín de Utero se recogió un ejemplar que se asocia a un puñal de contera discoide (García Soto, 1992: 374-5, fig. 4), mientras que la fíbula de la tumba 180 de la necrópolis de Carratiermes lo hace a otra daga de la variante de contera cuadrangular con chapa anterior calada (Altares y Misiego, 1992: 550). Estas asociaciones apuntan de manera clara a la primera mitad del siglo IV a.C.

Así, por tanto, si nos guiamos de los únicos contextos hasta ahora fiables, tendríamos que concluir que el marco temporal de estos imperdibles no debió de superar los comedios del siglo IV a.C., si bien en función de los rasgos más evolucionados del grupo IV, correspondiente en todos los casos a piezas de las que ni tan siquiera poseemos la referencia de su lugar de origen, quizás cupiera extender ligeramente el límite más reciente.

La dispersión geográfica de este modelo de fíbula se ha ampliado someramente con respecto al mapa de distribución que en su día elaboramos. Así, a las piezas procedentes de Carabias, Valdenovillos, La Mercadera, Alpanseque, Miraveche, Monte Bernorio, Bárago, Palenzuela, Padilla o El Berrueco, debe añadirse ahora un ejemplar más procedente de Valdenovillos (Argente, 1989: 844, núm. 617), asimilable a nuestro grupo I, dos ejemplares casi completos de la necrópolis de San Martín de Utero (*Ibidem*: 780, fig. 56, núms. 503 y 504) y otro más de Escobosa de Calatañazor (*Ibidem*: 584, fig. 26, núm. 119), estos tres últimos correspondientes a nuestro grupo II. Asimismo Argente señala cinco piezas en la necrópolis de Aguilar de Anguita, de las cuales la núm. 531 posee un puente romboidal que encajaría propiamente en su variante 3C o de «puente rómbico u oval», siendo los demás fragmentos de resortes que podrían encajar tanto en sus tipos 3D como 3C, ya que ambos comparten secciones triangulares. En el área oriental señalaremos finalmente la presencia de una nueva pieza en la necrópolis de Carratiermes. Cita asimismo Argente hallazgos en el yacimiento burgalés de Sasamón (*Ibidem*: 134).

En definitiva vemos cómo las fíbulas de doble resorte de puente en cruz se distribuyen básicamente por dos grandes áreas culturales: la del alto Ebro/Duero medio, en la que quedarían incluidos los hallazgos de Miraveche, Monte Bernorio, Palenzuela, Sasamón y Padilla, y por otra la zona celtibérica u oriental, con hallazgos en La Mercadera, Alpanseque, Carratiermes, Utero, Escobosa de Calatañazor,

Carabias y Valdenovillos. El hallazgo de El Berrueco no alcanzaría a compensar el vacío que se observa en la zona vettona, máxime cuando se cuenta con excavaciones extensas en Chamartín o Cardeñosa. Esta ausencia, en cualquier caso, resulta coherente con la falta también aquí de puñales de tipo Monte Bernorio de su *fase formativa*, a los que hemos visto se asocian estas fíbulas en el área oriental. Datos como éste son verdaderamente importantes para matizar la influencia de la cultura de Cogotas II o vettona en la Cultura del Duero y viceversa, y suponen un contrapunto de interés a la excesiva importancia conferida a materiales como las cerámicas a peine que evolucionan desde muy temprano tanto en territorio vetton como vacceo, hacia estilos decorativos diferentes y nos atreveríamos a decir independientes (Delibes *et alii*, 1995: 92; Sanz Mínguez, e.p.b). Así, tanto las fíbulas de cruz de malta como los puñales Monte Bernorio nos están informando que durante la primera mitad del siglo IV a.C. las relaciones de comercio o de contacto entre el área vettona y vaccea fueron escasas, y que será en un momento posterior cuando las mismas se intensifiquen.

Para terminar, una disyuntiva nos quedaba abierta en cuanto a la posible cuna de este tipo de imperdible, bien en el oriente de la Meseta, bien en la zona del alto Ebro/medio Duero. Los datos aportados en los últimos tiempos no permiten concluir nada definitivo al respecto. En favor de una génesis en el oriente de la Meseta cabría señalar, no obstante, que de ser un producto típico del alto Ebro/Duero medio probablemente no habría alcanzado una presencia tan importante en la Celtiberia estricta, según cabe deducir de la escasa incidencia que otras manufacturas metálicas de ese círculo cultural —puñales Monte Bernorio, broches Bureba por ejemplo— muestran en la misma.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO BASCH, M. (1966), «Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas», *Ampurias*, XXVIII: 215-236.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO, A. (1989), «Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica», *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana, Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías. I*, Soria, 1989, Soria: 411-452.
- ALTARES LUCENDO, J. y MISIEGO TEJADA, J. C. (1992), «La cerámica con decoración a peine de la necrópolis de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)», *Actas del 2.º Symposium de Arqueología Soriana, I*, Soria, 1989: 543-558.
- ALVAREZ GRACIA, A., CEBOLLA BERLANGA, J. L. y BLANCO MORTE, A. (1990), «Elementos metálicos de tipo celtibérico. La colección Pérez Aguilar», en Burillo, F. (Coord.) *II Simposio sobre los Celtiberos: Necrópolis Celtibéricas*, Daroca, 1988, Zaragoza: 287-304.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1989), *Las fíbulas en la Meseta. Su valoración tipológica, cultural y cronológica*, Madrid.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1988), «Las estatuas de verraco y las fíbulas zoomorfas celtibéricas», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, H.ª Antigua, I*: 69-78.

- CABRE DE MORAN, E. y MORAN CABRE, J. A. (1977), «Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta oriental hispánica», *Hom. a García y Bellido, vol. III: Rev. Univ. Complutense*, 109: 109-143.
- CAMPANO LORENZO, A. y SANZ MINGUEZ, C. (1989), «Fíbulas de doble resorte de puente en cruz», *BSAA*, LV: 61-78.
- CERDEÑO, M. L. y CABANES, E. (1994), «El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 51, n.º 2: 103-119.
- DELIBES, G., ESCUDERO, Z., ROMERO, F., SAN MIGUEL, L. C. y SANZ, C. (1995), «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio», en Delibes, G., Romero, F. y Morales, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., MARTIN VALLS, R. y SANZ MINGUEZ, C. (1993), «Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero», en Romero, F.; Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid: 397-470.
- ESPARZA ARROYO, A. (1991-1992), «Cien años de ambigüedad: sobre un tipo de fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta española», *Zephyrus*, XLIV-XLV: 537-552.
- FABIÁN, J. F. (1985), «El cerro del Berrueco. Casi diez mil años de habitación ininterrumpida», *Revista de Arqueología*, 56: 6-17.
- (1986-1987), «El Bronce Final y la Edad del Hierro en “el Cerro del Berrueco” (Ávila, Salamanca)», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL: 273-287.
- GALAN DOMINGO (1989-1990), «Naturaleza y cultura en el mundo celtibérico», *Kalathos*, 9-10: 175-204.
- GARCIA-SOTO MATEOS, E. (1992), «Tumbas con puñales de tipo Monte Benorio en la necrópolis de San Martín de Uclero», *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana, Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías*, I, Soria, 1989: 367-388.
- GREEN, M. (1992), *Symbol and Image in Celtic Religious Art*, London-New York.
- GRÍÑO, B. de (1989), *Los puñales de tipo Mte. Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*, BAR Int. Ser. 504.
- LENERZ DE WILDE, M. (1991), *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenäen Halbinsel*, Band 1 y 2, Stuttgart.
- LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1983), «Notas sobre los “verracos” hispánicos», *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, III, Madrid: 151-158.
- MARTINEZ BURGOS, M. (1941), «Museo Arqueológico de Burgos. Adquisiciones de ajuares de la Edad del Hierro», *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, II: 53, láms. XVIII-XXI.
- MELIDA, J. R., ALVAREZ, M. A., GOMEZ SANTA CRUZ, S. y TARACENA, B. (1924), *Ruinas de Numancia. Memoria descriptiva*, Mem. JSEA, 61.
- MORAN, C. (1938), «Colección salmantina de fíbulas», *Revista de Guimaraes*, XLVIII: 111-136.
- MOURE ROMANILLO, A. y ORTEGA MATEOS, L. (1981), «Fíbulas con esquema de La Tène procedentes de Paredes de Nava (Palencia)», *Numantia. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León*: 133-146.
- PEREZ RODRIGUEZ, F. (1990), «Nuevas investigaciones en torno a la antigua ciudad de Saldania», *Actas del Segundo Congreso de Historia de Palencia, I, Arte, Arqueología y Edad Antigua*, Palencia, 1989, Palencia: 275-296.

- PERICHON, R. (1987), «L'imagerie celtique d'Aunault», *Melanges offerts au docteur J.B. Colbert de Beaulien*, Bruselas: 677-695.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MINGUEZ, C. (1992), «Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica», *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana, Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías*. I, Soria, 1989, Soria: 453-471.
- SANZ MINGUEZ, C. (1986), «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el Valle Medio del Duero», *BSAA*, LII: 25-46.
- (1990), «Metalistería prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio», *BSAA*, LVI: 170-188.
 - (1991), «Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión», *BSAA*, LVII: 93-130.
 - (e.p.a), *Los vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Memorias, Arqueología en Castilla y León.
 - (e.p.b), «La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo», *II Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, 1996.
- SOPEÑA, G. (1987), *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para la comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.
- SCHÜLE, W. (1969), *Die Meseta Kulture der Iberischen Halbinsel*, Madrider Forschungen, Band 3, Berlin.